

El mundo es un asunto solitario

Bernardo Esquinca



Los cuadros de Samuel Meléndrez no son marcos de una instantánea. Funcionan de manera inversa: no importa tanto lo que están mostrando, sino precisamente lo que dejan de mostrar. Y en esa vocación, en ese ocultamiento premeditado, hay un inquietante misterio. Uno se pregunta: ¿por qué no hay gente en sus pinturas? ¿Por qué su pincel se guarda parte de las imágenes que contempla, condenándonos a una visión fragmentada de la realidad?

El mundo es un lugar solitario, parece decirnos Meléndrez. Su mirada privilegia el despoblado territorio de azoteas, tinacos y tendedores; pero también busca el momento y la perspectiva para aislar las cosas y los lugares, y mostrar su singularidad: las horas de la tarde en que nadie asoma en los balcones de un edificio, el páramo donde los rieles esperan el paso de un improbable tren, la caguama que reposa, vacía, sobre la banca de un *ferry* fantasma; las últimas letras de una marquesina, la maltrecha cajetilla de cigarros en el suelo de un vagón solitario; un poste de luz y un semáforo contra la inmensidad del cielo. Y a pesar de esa visión extrañamente quirúrgica del paisaje urbano, Meléndrez encuentra la manera de advertirnos que —por insólito que parezca en el contexto de sus cuadros—, el mundo sigue poblado por gente y el tejido de sus dramas cotidianos continúa desarrollándose, aunque sea mero ruido de fondo. Justo ahí, en la trama incompleta de sus pinturas, es donde se comprende parte del enigma. En la obra de Samuel Meléndrez no hay un espejo, sino una inclusión. ¿Dónde está la gente? Del otro lado del cuadro, contemplado con melancolía su propia ausencia.◆